

LAS AGONÍAS DE DELORS¹

Cada vez que la Unión Europea habla de comercio internacional, el resto del mundo ajusta sus posiciones. Es el único asunto sobre el que la Unión habla con una sola voz y la única arena de las relaciones internacionales donde ostenta un poder real. La influencia de la Unión Europea en este campo hunde sus raíces en el hecho de que constituye el mayor mercado único del mundo, una posición obtenida gracias a los cambios implementados tras el verano de 1984. Este avance arrollador en la liberalización del comercio de mercancías y de los beneficios inmateriales derivados del mismo, que ha tenido lugar tanto dentro del propio mercado común como fuera de sus fronteras, ha permitido a la Unión Europea consolidar una participación mayor que Estados Unidos en el volumen de mercado mundial (si se incluye el comercio entre los Estados miembros de la UE). La libertad de circulación creciente para los trabajadores, los demandantes de empleo y los profesionales especializados, junto a la relativa libertad de los flujos de capital –aunque muy por debajo del nivel alcanzado en el interior de Estados Unidos, tanto respecto de las personas como del capital–, ha contribuido en su conjunto a este resultado. Asimismo, el establecimiento de una moneda única para todos, excepto tres, de los Estados miembros ha suministrado un podio más firme para estos desarrollos. El mito de que fuera posible viajar a través de la Europa de mediados del siglo XIX con una sola moneda está próximo a hacerse realidad.

Probablemente, el efecto combinado de estos cambios sea una de las causas primordiales del aumento de los ingresos y de la prosperidad experimentado en la mayor parte del mercado común durante los últimos veinte años. Su arquitecto e inductor fue Jacques Delors, un funcionario del Banco de Francia convertido en político que en 1984, cuando contaba con cincuenta y nueve años de edad, llegó a ser presidente de la Comisión Europea. En 1995, después de finalizar sus tres periodos de mandato en Bruselas, Delors declinó una invitación para ser el candidato del Partido Socialista en las elecciones presidenciales francesas que se celebrarían aquel mismo año, por más que las encuestas de opinión indicaban que sería elegido. Sin lugar a dudas,

¹ Jacques DELORS, *Mémoires*, París, Plon, 2004, p. 511.

Delors será considerado como el presidente más competente que ha tenido la Comisión Europea, incluso a pesar de los intentos de los teóricos del federalismo de conceder este elogio al primer titular del cargo, Walter Hallstein, un hombre caracterizado por poseer una ideología rígida y dogmática y por su insensibilidad en el plano político. No obstante, el sentimiento más hondo que se desprende de sus memorias es el remordimiento de que los cambios en los que había invertido todos sus esfuerzos no habían logrado alumbrar el sistema de justicia social por el que había trabajado durante toda su carrera y que esperaba se convirtiera en un aspecto fundamental de la nueva Europa.

La época de madurez política de Delors coincidió con la reconstrucción de Francia durante el periodo posbélico. Nacido en 1925, interrumpió su educación superior para seguir los pasos de su padre como funcionario del Banco de Francia. Tal vez, esto fuera lo que más se aproximaba a su deseo de trabajar en el comisariato de planificación de posguerra y, de hecho, este camino se iba a demostrar como la vía para introducirse en ese pequeño pero influyente círculo. Delors era un funcionario de nivel intermedio dentro del banco, pero sus actividades como sindicalista en la Confederación de Trabajadores Cristianos (CFTC) le llevaron a ser acogido en el Consejo Económico y Social, el grupo de debate político de la elite. En 1962, a petición de Jacques Chaban-Delmas, Delors fue nombrado consejero de asuntos sociales de Pierre Massé, director del Comisariat General du Plan. Cuando Chaban-Delmas se convirtió en primer ministro (1969-1972), Delors estaba a su servicio en calidad de consejero de asuntos sociales, que luego pasarían a ser económicos. El eslogan que había acompañado la campaña para la elección de Chaban-Delmas anunciaba «Una nueva sociedad». Delors tenía la convicción personal de que la reconstrucción posbélica de Francia debía acometer tanto un cambio social dinamizado por el esfuerzo del gobierno como el desarrollo económico del país. La idea de que la reconstrucción europea debía generar un resultado similar, cuyo motor estaría en sus nuevas instituciones, se convirtió en su ambición. A pesar del reconocimiento internacional y del éxito oficial que habría de alcanzar su carrera, sus esperanzas de conseguir un mayor grado de justicia social se iban a ver decepcionadas.

Esta decepción obedecía a varias razones. Una de ellas residía en la estructura de poder de los partidos políticos nacionales, donde Delors no contaba con una base firme. Su interés inicial por una versión francesa de un partido democristiano, el MRP [Mouvement Républicain Populaire], duró menos de un año. Dentro de las instituciones de la Comunidad Europea, los que tomaban las grandes decisiones eran los partidos nacionales. Una vez en el poder, los socialistas franceses dieron su apoyo al Acta Única Europea, el principal instrumento para la liberalización del mercado dentro de sus fronteras, movidos por una combinación de razones políticas y económicas. Pero también aceptaron que un mercado más libre fuese acompañado de la privatización de la gestión del sector público, aunque esto no tuviese una conexión inherente con la liberalización del mercado o con una mayor liber-

tad de circulación para los factores de producción. Por su parte, Delors hubiera preferido que el Acta Única Europea hubiera ido acompañada de una política que aplacara los vientos para aquellos trabajadores más afectados por la pérdida de las instituciones proteccionistas.

Una de las consecuencias derivadas de no proporcionar esta protección transitoria fue la transformación de los sindicatos, vistos por Delors como un elemento esencial de una sociedad más justa, en instituciones consultivas subordinadas sobre las que pesaba la imagen generalizada de constituir barreras a la mejora de la productividad. Una segunda consecuencia era el aumento de la jornada laboral en la mayor parte de los países de la Unión Europea, Francia incluida, país donde una semana laboral más reducida había constituido una importante causa política desde la década de los treinta. Además, aquellas empresas del sector público que Delors y sus compañeros de planificación habían considerado, durante las décadas de los cincuenta y sesenta, una parte indispensable de la infraestructura nacional eran encomendadas ahora a agencias privadas cuyas pérdidas debían ser pagadas por los contribuyentes pero sobre las que no era posible ejercer un control efectivo en cuanto a los servicios ofrecidos ni en cuanto a los precios establecidos para los mismos.

Todas estas tendencias formaban parte de la ideología de la nueva derecha, cuya influencia se había visto fortalecida gracias a la caída del bloque soviético. El lugar en el que estos cambios iban a ser acogidos como signos de libertad estaba, antes que en ninguna otra parte, en los países centroeuropeos que ya eran miembros de la Unión Europea o que eran candidatos a serlo. En Europa occidental, los debates sobre las exigencias concretas de la liberalización del mercado corrían el riesgo de tornarse irrelevantes frente a los impresionantes cambios políticos que estaba conociendo el Este. Margaret Thatcher tiene tanto derecho como Jacques Delors a atribuirse el éxito del Acta Única Europea. El momento preciso en el que Delors fue nombrado presidente de la Comisión Europea no era un tiempo propicio para su visión en materia de política social. La cruda realidad de la vida política en el seno de la Comunidad Europea descansaba en que el antiguo bloque soviético consideraba la ideología de la nueva derecha como la defensa de la «libertad». Delors tomaría conciencia, cruelmente, de estos hechos durante su estancia en Bruselas.

Pero, mientras la ideología de la derecha radical vivía un periodo triunfante, ¿cuál era la aportación de la izquierda? ¿Contaba Delors con algún contraprograma en el que volcar sus esfuerzos capaz de producir un progreso económico y un incremento de la renta en el espacio europeo comparables, pero con un mayor grado de justicia social? Estas preguntas son inseparables de la cuestión del papel de los partidos y del poder político aunque, también, guardan relación con las aspiraciones y las opciones ideológicas individuales. ¿Cuál era la posición de Delors en la corriente predominante de la actividad política francesa?

En la década de los cincuenta, cuando la planificación de la reconstrucción era un aspecto más central en el modelo de gobierno francés de lo que

llegaría a ser en la década de los sesenta, Delors había considerado que los partidos políticos no estaban en contacto con los verdaderos intereses de Francia. Al margen de sus actividades sindicales, sus relaciones políticas se circunscribían a los pequeños clubes que proliferaron por el país durante aquella década. El vínculo entre estos *think-tanks* [grupos de análisis y estrategia política] habitualmente locales y el sindicalismo de Delors era su conciencia católica consagrada a la tarea de modernizar la Iglesia de tal modo que pudiera convertirse en una fuerza más relevante en la reconstrucción de la sociedad. En la política nacional, esto venía a ser, prácticamente, un callejón sin salida. La Democracia Cristiana nunca encontró un asidero estable en la vida política francesa de la década de los cincuenta. El primer político relevante en la escena nacional hacia el cual Delors se sintió atraído, Pierre Mendès-France, permanecía al margen del sistema de partidos si bien, efectivamente, albergaba ideas en materia de política social (la más destacada consistía en una campaña para hacer que los franceses bebieran leche en lugar de alcohol). En 1958, Delors apoyó el golpe de De Gaulle y votó por él en su campaña para ser elegido presidente mediante sufragio directo. Igualmente, apoyó la nueva constitución de la Quinta República. Después vino su asociación con Chaban-Delmas en tanto que gaullista con conciencia social. En estas adhesiones parece que el liderazgo tuvo más importancia que el catolicismo y que la jerarquía católica fue más un obstáculo que una aliada.

De regreso a su antiguo trabajo después de que Chaban-Delmas perdiera su cargo, y en oposición directa a la defensa conservadora de la máquina administrativa tradicional francesa promovida por el presidente Pompidou, la postura de Delors experimentó un cambio. Él quería, según sus palabras, «redescubrir a mi familia, la izquierda». Al igual que en otros países europeos a finales de la década de los setenta, «la izquierda», que venía a querer decir el Partido Socialista quizá con cierto apoyo comunista, era una expresión vacía de contenido. En una época en la que el eslogan más atinado para el Partido Socialista hubiera sido «Enrichissez-vous» [«Enriqueceos»], Delors quería convencer a éste para que adoptase una política de rentas, reformase el Estado de bienestar ajustándolo al modelo de los sistemas escandinavos y desplegasen mecanismos de planificación para la protección del medio ambiente y de la salud pública. Este haz de políticas era, al menos, una forma de detener lo que él percibía como la despolitización de la sociedad francesa.

La familia redescubierta por Delors encontró en él una pieza útil. El Partido Socialista aún estaba inmerso en el proceso de unificar a «la izquierda» y, a pesar de las numerosas objeciones, François Mitterrand ideó una invitación para que se uniese al partido en 1974. En 1979, Delors fue elegido por un escaso margen para representar a los socialistas en el Parlamento Europeo. En la victoriosa campaña para la elección de Mitterrand de 1981, su imagen fue utilizada en los carteles publicitarios para mostrar la amplitud de la hermandad en la que se había convertido el partido reunificado. Delors fue nombrado ministro de Economía y Finanzas, aunque

sin el control sobre la política monetaria que había solicitado. Desde su cargo en el gobierno, apoyó la nacionalización de los grupos industriales más importantes, si bien defendió que se nacionalizase únicamente el 51 por 100 del capital social de cada firma y no el 100 por 100 que se produjo. Delors sigue convencido de que las nacionalizaciones mejoraron el rendimiento.

Delors era una figura suficientemente importante como para estudiar detenidamente cuáles serían sus condiciones para aceptar el cargo de primer ministro. Sin embargo, no sería éste su destino. Tal vez, Favier y Martin-Roland captan el porqué no en el volumen IV de su obra *La Décennie Mitterrand*. Según se recoge en la última entrevista mantenida con los autores, Mitterrand dijo: «Nunca creí, ni por un minuto, que Delors se convirtiera en candidato en 1995 [...]. No se puede ser cristiano-demócrata y aspirar a imponerse sobre los socialistas franceses». En 1983, la política de los socialistas experimentó tal nivel de variaciones que estaba en llana contradicción con el programa de sus primeros 18 meses en el gobierno. Las ideas de Delors tenían raíces más profundas, pero esto era, exactamente, lo que las hacía menos deseables. En 1984, partió hacia Bruselas.

Sin embargo, con independencia de la desarraigada búsqueda de poder desde la izquierda, la cuestión radica también en si aquellas ideas eran factibles. Aparentemente, el Acta Única Europea, en tanto que su emblema más longevo, sigue siendo su tratado favorito, no sólo por su brevedad y porque dice lo que quería decir, sino también porque otorgó a la Comisión Europea

una herramienta política que no sólo era necesaria para ajustar debidamente el mercado interior, sino también para aplicar políticas que dieran a la Comunidad el aspecto de un modelo europeo de sociedad, un equilibrio entre el mercado y la regulación, una sutil dialéctica entre la competición, la cooperación y la solidaridad.

¿Qué significa esto? La idea de Delors parece consistir en que las instituciones de la Comunidad Europea suavicen los efectos de la neoliberalización global. ¿Pesa más el objetivo de extender los poderes de la Comunidad que el de formular los cambios sociopolíticos que integrarían el «modelo europeo»? En su contestación al discurso pronunciado por Thatcher en septiembre de 1988 en Brujas, el cual parecía imponer barreras infranqueables a una mayor extensión de los poderes de la Comunidad después de la culminación del Acta Única Europea, Delors hizo emerger un nuevo eslogan para la Comunidad: «Igualdad, mayoría y dinamismo». «Mayoría» era el término clave porque el voto favorable de una mayoría cualificada en el Consejo Europeo y en los Consejos de Ministros ofrecía la única oportunidad para llegar a decisiones ejecutivas en materia de política de cohesión social en la totalidad de la Comunidad después de que se hubieran podido percibir los efectos del Acta Única Europea, aunque estaba lejos de garantizar que las políticas sociales nacionales estuvieran alienadas. La historia de esta tentativa de crear un «modelo europeo» se

remonta a las ambiciones de Delors como ministro de Finanzas en el gobierno de Mitterrand en 1981, cuando su pauta de actuación era «ninguna política económica sin una política social, ninguna política social sin una política económica y ninguna política económica sin modernización». Es posible que Mitterrand se haya preguntado cuáles eran las funciones de los otros ministros.

¿Cuáles eran estas políticas sociales? Una política de rentas en la que Delors había pensado como un camino abierto para Francia y que se había evaporado del horizonte europeo. La «confederación de Estados-nación», como Delors solía describir a la Comunidad Europea/Unión Europea, no era una arena para un experimento de estas características. En cambio, las políticas que contribuían a su modelo estaban relacionadas de manera más inmediata con las condiciones de la vida laboral, aquellos mismos temas que le habían interesado como sindicalista. Antes de dejar la Comisión, él esperaba que podría ganar el apoyo de los organismos consultivos de los empresarios existentes dentro de la maquinaria de Bruselas para lograr cierta forma de estatuto legal de los derechos de los empleados válido para toda la Comunidad. Sin embargo, en una época en la que los países del ex COMECON estaban avanzando a bandazos hacia un poder sin trabas para los empresarios y una minoración de los salarios para los trabajadores, sus ideas despertaban poca atracción para los industriales y los gobiernos. Tras un educado aplauso, sus ideas fueron olvidadas.

No obstante, estas ideas fueron seguidas de otras propuestas que Delors inscribió en el «Libro Blanco» de la Comisión de 1993. En su opinión, la globalización comercial y el progreso tecnológico eliminan empleos y, por esta razón, es necesario prolongar la formación profesional continua a lo largo de todo el periodo de la vida humana. Si se alcanzara este objetivo, el modelo europeo se caracterizaría por una jornada laboral con un horario semanal más reducido. Esto haría necesaria una modificación de los regímenes de bienestar y de las estructuras salariales y, previsiblemente, su armonización. Todo ello requería un elevado nivel de gasto público en estructuras educativas, presumiblemente dentro de un modelo europeo común. Una parte de este programa tendría que incluir cierta reordenación más profunda de las prácticas impositivas nacionales.

En una época en la que todos los gobiernos nacionales tenían que asegurar que su déficit público se mantenía por debajo del nivel máximo fijado para garantizar su pertenencia a la unión monetaria, había una contradicción esencial entre lo que se requería para establecer el mayor mercado único del mundo sin fronteras y lo que era necesario para crear un modelo europeo. Por lo tanto, aparte de la falta de arraigo y de influencia de Delors en el Partido Socialista Francés, él estaba nadando contracorriente respecto a la opinión general sobre el modo en el que Europa occidental debía responder a la finalización de la Guerra Fría. En Europa del Este, el modelo de Delors era visto como una restricción a las esperanzas de un paso acelerado hacia la prosperidad y una forma de crear una Europa

menos atractiva. Sin embargo, el hecho de que el «modelo estadounidense» gozara de una mejor acogida en Varsovia, así como en otros lugares, no era tan importante para el resultado final como la cuestión de si, para Occidente, podía haber alguna diferencia, fuera del campo de la propaganda política, entre un modelo de sociedad capitalista europeo y otro estadounidense, particularmente cuando la Comunidad Europea tenía a Estados Unidos como su principal socio y competidor.

La reacción de los partidos de centro-izquierda existentes a los acontecimientos registrados en Europa a partir de 1989 revelan, ante todo, la ausencia de una nueva izquierda que pudiera competir con la atracción ejercida por la nueva derecha. El antiamericanismo de la nueva izquierda, particularmente en Francia, era un mero sustituto del esfuerzo por pensar la sociedad. Por supuesto, esta conclusión indica que los temas planteados por Delors, a pesar de su parcialidad, siguen con vida y que, a pesar de sus límites, no son falsos ni irrelevantes. Los argumentos a favor de hacer que una sociedad rica y creadora de riqueza se torne más humana, independientemente de que no sean tomados seriamente por parte de «la izquierda», son difíciles de refutar. Cualquiera que sea la alineación política de sus motivos, Delors ha mantenido estos argumentos de modo persistente y, en sus *Mémoires*, todavía lo hace.

Si bien la evidencia que se desprende de las muchas fotografías recogidas en el libro indica que quizá las reuniones con los jefes de Estado ganaron un mayor atractivo para Delors que los grupos de debate con los sindicalistas católicos durante su periodo en la Comisión, continúa siendo un político íntegro, reflexivo y, tal vez, a juicio de las compañías que frecuentaba, demasiado interesado en la política social. En definitiva, es probable que tuviera razón al sentirse decepcionado por los partidos políticos tradicionales. No obstante, es posible que los partidos políticos también tuvieran razón al decidir que Delors no tenía ideas ganadoras que venderles. Un hecho que parece típico de su inteligente modestia descansa en que sus *Mémoires* no son enteramente suyas, y que la mayoría de los capítulos concluyen con un breve cuestionario al autor por parte del periodista Jean-Louis Arnaud. Esto no ayuda mucho a la lectura del libro, pero tampoco debilita su impacto en tanto que expresión del prolongado dilema de un hombre en una permanente búsqueda de un resultado algo más esperanzador y humano para los enormes cambios en política económica de los que él mismo fue responsable. Un hacedor, pero no un admirador, de su propia época.